



Instituciones y jóvenes: de individuos en el medioevo de su vida a sujetos actuantes y en resistencia

Institutions and youth: individuals in the middle ages of your life to subject responders and resistance

Andrés Castiblanco Roldán*

Muchas veces somos incapaces de un genuino encuentro porque solo reconocemos a los otros en la medida que definen nuestro ser y nuestro modo de sentir, o que nos son propicios a nuestros proyectos.

Ernesto Sabato, *La resistencia*

Fecha de recibido: mayo de 2013. Fecha de aprobación: junio de 2013

RESUMEN

El presente texto se propone reflexionar sobre dos procesos de investigación con jóvenes cuyos resultados permiten jugar con la metáfora del medioevo para entender las relaciones entre la propuesta narrativa de las instituciones, frente a las resistencias que los jóvenes han desarrollado para poder lograr una visibilidad en la sociedad contemporánea. Se parte de la metáfora para explorar en cada caso dos formas diferentes de resistir desde la acción colectiva, como forma de sostenibilidad y la creación, y la expresión artística como ejercicio reivindicativo de las demandas de justicia social y reconocimiento cultural que reclaman quienes se ubican en la llamada condición juvenil contemporánea.

Palabras claves: condición juvenil, acción colectiva, creación, expresión artística, medioevo.

ABSTRACT

This paper aims to reflect on two young research processes whose results can play with medieval metaphor to understand the relationships between narrative proposal from the institutions, against the resistance that young people have developed to achieve visibility in the contemporary society. It is

* Magíster en Investigación Social Interdisciplinaria. Profesor de la Facultad de Ciencias y Educación, de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas. Correo electrónico: geoandres@hotmail.com

part of the metaphor to explore in each case two different ways to resist from collective action as a means of sustainability and the creation and artistic expression as a vindictive exercise of the demands of social justice and cultural recognition that claim those are located in the called contemporary juvenile condition

Keywords: Youth condition, collective action, creation, artistic expression and medieval.

Esta metáfora fue usada para un proyecto de investigación sobre organizaciones juveniles y cultura de derechos en una alianza entre la Personería de Bogotá y el Instituto para la Pedagogía, la Paz y el Conflicto Urbano de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas (Ipazud). En esta investigación, trabajé con colectivos de jóvenes de la localidad de Usme, y a partir del diálogo con ellos y de un ejercicio de interpretación y de observación, pude evidenciar la manera como ellos se mimetizan —como organizadores— en los discursos institucionales para fracturar el sistema de participación y lograr apoyos para sus procesos de creación. Por otro lado, el hallazgo de esas operaciones simbólicas que permiten la circulación de organizaciones se enfrenta al relato institucional que los figura como población vulnerable y con el recrudecimiento del Código Nacional de Policía en actores directos de conflicto.

Por eso, en primer lugar, voy a ampliar la cuestión de la metáfora del medioevo, figura retórica que me permite hacer una analogía entre la manera colectiva de leer los fenómenos relacionados con los jóvenes y lo que estos hacen o alteran, para cerrar con la acción colectiva y la interacción/creación como espacio donde los jóvenes desafían el estigma social instalado en el clima de generalización de las instituciones sociales.

El medioevo como metáfora de una percepción distorsionada de los jóvenes

La historia con la cual crecimos, antes de la fusión de las disciplinas en las ciencias sociales de la reforma educativa, nos imprimió una serie de mitos sobre los momentos y los escenarios de la humanidad. Crecimos con la firme convicción de una

suerte de oscuridad sobre determinados periodos y luminosidad sobre otros, junto a la escuela, los medios reforzaron las imágenes, con escenografías y relatos de edades macabras, y por lo tanto, susceptibles de desconfianza.

En un principio el medioevo de la historia humana era caracterizado como esa edad oscura que atravesó la civilización para consolidarse en su más avanzado estadio con la modernidad. Se pensó que un velo gris cubría las imaginaciones, los relatos, los símbolos y las acciones de quienes vivieron entre el fin del esplendor de la Edad Antigua y la progresista, emprendedora y creativa Edad Moderna. Pero como todo relato tiene su crisis, un grupo de historiadores logró —y sigue logrando— demostrar que la Edad Media no es una media entre algo, ni el espacio ostracista de la humanidad, sino el espacio de creación colectiva más interesante, por cuanto su cimiento permitió precisamente formar la sociedad actual, por decadente que pueda mirarse hoy.

Pensar en el medioevo llama la atención por la forma como se ha mirado la juventud, el *Diccionario de la Lengua Española* (2001) define que la juventud es, primero, la edad que se sitúa entre la infancia y la edad adulta; segundo, que son los primeros tiempos de algo y por último, que es energía, vigor y frescura. Así mismo, al referirse a lo joven introduce que esto es un adjetivo, de poca edad para continuar exponiendo que se dice de un animal que aún no ha llegado a la madurez sexual o, si se desarrolla con metamorfosis que ha alcanzado la última fase de esta y el aspecto de los adultos (*Diccionario de la Lengua Española*, 2001).

La juventud es edad intermedia entre la infancia y la adultez, un momento de transición en el que se entiende que todo se transforma y por lo tanto es un momento de riesgo. Para el saber común esta es el momento cuando se adquieren las más decorosas costumbres o las deplorables mañas, vicios y perdiciones, pero como la Edad Media, el medioevo del sujeto es la construcción posiblemente más significativa de sus miedos y seguridades. De allí, como lo han dicho otros autores, es necesario entender que el ser contemporáneo no vive la

juventud como etapa sino como un imaginario, una cualidad vital que se privilegia y se lucha por conservar, pero el meollo se configura cuando es necesario reconocerla en el otro, mucho más en el lejano.

La producción de relatos en Colombia, como en otros países, ha situado a la juventud en un estatuto de vulnerabilidad y riesgo. En esa medida, lo que sucede con los jóvenes es objeto de la mirada asistencialista o sancionatoria por parte de un sistema institucional, consolidado desde una madurez, intelectual y etaria. Sumado a estas circunstancias, las condiciones sociales y políticas de países como Colombia dejan a los jóvenes ante situaciones de las cuales deben tomar decisiones que finalmente los terminan involucrando de una u otra forma en el conflicto.

¿Cómo se entiende la juventud más allá de la edad? ¿En qué forma se manifiesta el posicionamiento político del joven en la sociedad contemporánea?

El emplazamiento grupal de las necesidades y las oportunidades de posicionarse en un espacio de enunciación social son la respuesta a una fuerza más dominante que afecta a los jóvenes, a saber: la mirada distorsionada y asistencial de la política pública y la divulgación de los medios de comunicación que cosifican la juventud y sus reclamaciones.

Buena parte de la literatura comprometida con la perspectiva crítica y con la problemática social lleva décadas denunciando la construcción de estereotipos y de prejuicios que se basan en una perspectiva reduccionista y determinista de la condición juvenil especialmente en el escenario mediático. (Herschmann, 2008, p. 128)

Fruto de esta distorsión y con el contexto del conflicto social contemporáneo, especialmente el colombiano, el joven y el adolescente entran en sospecha por un sistema de vigilancia que se instituye desde las cámaras y personal de seguridad en el espacio público (calles, parques, centros comerciales, supermercados y escenarios de espectáculo), hasta las instigaciones policiales, que finalmente generan un sentimiento de des-

confianza hacia él y la joven. En este sentido, no se pretende excusar en el discurso la existencia de jóvenes infractores; sin embargo, la generalización de esta conducta produce un repertorio simbólico y accional que vulnera y limita la libertad y el ejercicio de los derechos de la población juvenil.

Rossana Reguillo afirma que:

[...] resulta fundamental la relación directa que existe entre el desborde de las violencias y la ausencia de confianza en lo que quisiera llamar política “grande”, para referirme a la política formal que suele reducirse a su vez a la política electoral; espacio de los partidos, de las instituciones, del gobierno. (Reguillo, 2009 p. 41)

Es decir que el hecho que agrupa a los jóvenes va más allá de visibilizarse; es una apuesta política sobre un territorio que fue colonizado por viejas formas de socialización en las cuales ellos, como otros grupos sociales, han quedado minimizados. Desde este punto, la acción colectiva como expresión creativa recoge las reivindicaciones y los gestos de un *self* colectivo que quiere hacerse escuchar en los escenarios políticos y sociales.

Estas enunciaciones oscurantistas o puestas en clave negativa generan formas de desconfianza de los jóvenes hacia los marcos legales de la civilidad, perceptibles, en las políticas de inclusión (tan discutidas como las de acción social, o familias en acción, restitución de tierras, vivienda para todos, entre otros programas que pretenden dar cobertura a la masa creciente de damnificados del conflicto interno). Por su parte, la difusión institucional de los derechos de la infancia y la adolescencia como discurso en las escuelas y los programas institucionales de las entidades nacionales y regionales deja un espectro de controversia por hechos políticos de corrupción, malversación de fondos y finalmente una tendencia asistencialista que impide desarrollar una conciencia más fuerte de la relación de los jóvenes con los derechos. De hecho, los vacíos de un código pensado biopolíticamente hacia una infancia y adolescencia deja por fuera, incluso semánticamente, a los jóvenes,

lo que valida sobre ellos, la ausencia las posibilidades de manipular los contextos de derechos.

El resultado de esta serie de procesos es la movilidad de los grupos juveniles entre discursos que conocen como retóricos, pero que usan para legitimar las acciones y entrar en el juego de la institucionalidad a través de filtrar ideas de trabajo comprometido con comunidades en el marco de los programas asistencialistas dominantes del Estado y el sector empresarial.

Siguiendo a Reguillo (2009), estas incertidumbres sobre la legalidad y la poca legitimación de muchas instancias políticas y sociales llevan a los jóvenes a una desapropiación que se define como una continua tensión por constituirse. “[...] la inestabilidad en el contexto, en las condiciones, arrancan a los jóvenes las certezas de que su ‘yo’ hubiera sido el mismo de no haberse presentado la situación que los lleva a brincar hacia delante [...]” (Reguillo, 2009, p. 46); ellos y ellas son definidos por la situación (las pandillas, el microtráfico de drogas, la inseguridad urbana, la deserción escolar) y de acuerdo con eso ellos son identificados, clasificados y, en últimas, estigmatizados.

Sumado a esta serie de situaciones asociadas, las búsquedas de identidad complejizan más el panorama del acceso a los derechos y de la apuesta de legitimidad en los sistemas políticos y participativos. Las pertenencias al cuerpo social han sido dejadas de lado tras el encuentro de lealtades particulares en grupos de la misma edad y los mismos intereses, quizá los mismos problemas cotidianos; en este sentido, la tecnología (uso de redes sociales y publicación en blogs) permite poner en escena lo que Óscar Aguilera (2010) plasma como formas de visibilidad con las cuales se crean una estética y una performance colectiva que se vive diariamente y el cual a su vez se puede pensar como representación política.

Aquí nuevamente es importante retomar la metáfora del medioevo, cuando la institucionalidad invisibiliza la capacidad y la trayectoria creativa de los grupos juveniles en cortinas densas de información (como sucede con los movimientos

ambientalistas, las reclamaciones de equidad en la educación o la protesta antitaurina) logran desviar la atención a las periferias de los procesos de movilización, las cuales están enmarcadas en la fluctuación de las tensiones (una pedrea o una serie de disturbios), que a la vez reflejan una represión y un sentimiento de impotencia frente al sistema y denotan los puntos de fuga de los desacuerdos como expresión de la diversidad.

Con esta serie de versiones de lo juvenil como potencia de peligro y beligerancia trabajan las organizaciones de jóvenes a través de canales de comunicación que ellos han tejido de forma autónoma. Generalmente es su compromiso con la comunidad lo que permite que continúen de diferentes formas en el ejercicio de pensar los espacios de participación que implican derechos y oportunidades.

Aguilera plantea un elemento esencial en la caracterización de los jóvenes en los contextos de la acción colectiva: la movilidad, o en su lenguaje “la movida”, a partir de la cual se sustentan la expresividad, la gestión política e identidades. Para este autor

[...] lejos de tratarse de una cuestión explícita, la acción colectiva muchas veces constituye una zona ambigua teórica y empíricamente [...] por lo tanto el término movidas remite a las acciones colectivas que los jóvenes deciden emprender en conjunto y que muchas veces son producto de una serie de procesos individuales y colectivos nos hacen mover y nos facilita los marcos y motivaciones posibles para la acción. (2010, p. 82)

Moverse implica dejarse ver, romper el vapor informativo con acciones contundentes que otorguen estatutos de visibilidad. En esa medida, la capacidad de creación y acción son las disposiciones que gobiernan las luchas por el sentido en los jóvenes, desde la sostenibilidad de la representación política en las instancias de participación hasta las apuestas artísticas que enmarcan poner una huella y mostrarle a la comunidad que los jóvenes son más que una población en riesgo o productora de este.

Ni sujetos medievales ni ciudadanos en formación: jóvenes en los derechos

Como ya se ha mencionado ese sentido de pensar la juventud como el punto intermedio entre la infancia y la adultez, la metáfora con la visión clásica del medioevo de la humanidad permite entender la mirada desde el mundo adulto hacia un fenómeno que sobrepasa los límites del tiempo, como lo han sugerido Reguillo y Aguilera; al joven se le roba el presente para proponerlo como sujeto de futuro. Un individuo ficcional, el sueño de alguien y la esperanza de otros.

Crecimos escuchando que los jóvenes “son el futuro”, y prefiero entonces no pensar dónde queda la infancia, pues de eso se ocupan otros autores con mayor propiedad. El caso es que la juventud se verbaliza en perspectiva, pero con relación a sus deberes y responsabilidades con el cuerpo social se judicializa en presente. Los jóvenes aún serán el futuro, pero en estos contextos donde predomina la violencia como discurso ellos son la delincuencia del presente, un momento de rebeldía y de oscuridad que deja a los individuos vulnerables a los vicios y lo ilícito. El viejo refrán de “por unos pagan todos” es la consigna soterrada del discurso policivo, pero a su vez es la clave para observar los mecanismos por medio de los cuales la política pública y sus instituciones tratan el tema.

Las organizaciones (dos colectivos de jóvenes y el observatorio de una institución educativa distrital) caracterizadas por la investigación (Ipazud y Personería de Bogotá [2011]) (Castiblanco Roldán, 2011) develan dos enunciaciones y una manera de operar del discurso sobre lo juvenil:

1. *Enunciación*: la juventud es un imaginario que transporta un conjunto de acciones individuales y colectivas, que hacen que sea revolucionario y siempre escéptico de los mundos sociales dominantes.
2. *Enunciación*: la juventud es una etapa de la vida en la que el sujeto está en proceso de conformar su identidad y su posicionamiento en el mundo social.
3. *Operación*: es el mecanismo discursivo que recoge estos elementos definitorios y los

amalgama de tal forma que no se da una definición, sino se da por entendido lo juvenil en los contextos de la acción colectiva.

Los jóvenes se convierten en agentes resistentes del sistema y militantes de utopías y sueños colectivos; independientemente de la edad la juventud se torna en actitud permanente que se puede vivir. Al ser pensada como imaginario, la juventud nos propone un sistema simbólico que reviste conceptos como la renovación, resistencia, insumisión y libertad, mediante los cuales el grupo constituye su identidad: “ciertas actitudes de resistencia, de querer cambiar, de creer en la utopía, de decidir hacer proyectos que quizás no tengan muchos resultado económicamente, pero que sí en la práctica les abren horizontes de decisión a las personas sin rango de edad” (Roldán Castiblanco, 2011, p. 243, entrevista a Johana Díaz). La juventud cobra en este caso un rasgo de distinción del sujeto, una identidad que está unida a transacciones y reconfiguraciones del sentido y que se muestran como mutables. En este punto el régimen de visibilización cobra fuerza por permitir una performance y particularización entre los grupos, relacionados por medio de una transversalidad en sus códigos culturales.

Hay que tener claro que en el momento en que se llega a la adolescencia la mente exige al joven ser visible, el problema está en ¿cómo ser visible?, es allí donde este proyecto es más que una capacitación, se le orienta al joven en ser reconocido en su comunidad, en el parche y en su familia de manera positiva a través de su liderazgo. (Entrevista a Karen Díaz, 2011)

Esta enunciación viene de ese medioevo de la vida y se transforma en una visión esperanzadora y transformadora dentro de la lógica temporal de la juventud. Aunque precisamente no toma distancia de pensar desde lo etario la juventud, dicha enunciación afirma positivamente la autonomía y la consolidación del carácter social y político de este grupo social: “La juventud es el momento específico de la vida de los hombres que se constituye en el momento esencial para la construcción de un horizonte vital, de una identidad y de un sentido de ser” (entrevista a

Alexander Castañeda, 2011). Como puede evidenciarse, la ubicación de esta enunciación es el ámbito escolar.

No es de extrañar el gran acervo psicopedagógico que lleva la escuela como dispositivo con el que sustenta su programa de trabajo en el desarrollo de etapas y ciclos de aprendizaje, desde donde se piensa que este punto intermedio de dos edades es el momento clave para la adquisición de conceptos y actitudes de vida. Es cierto que en el espacio escolar los procesos de la adolescencia —que se ve como la puerta de entrada y el lugar crítico de la juventud— representa retos a la hora de aplicar una metodología a este tipo de población que se muestra escéptica de su ambiente y su mundo social; no obstante, la visión de muchos maestros se establece desde la esperanza de potencializar a los estudiantes, siempre pensando en que en determinado momento serán adultos y la juventud quedará atrás. Además, el tránsito de la edad como elemento integrador del aprendizaje se asume desde la perspectiva de formación, sumando los problemas de la cotidianidad que en este contexto ocupan a maestros/adultos y a estudiantes/jóvenes, en general.

Estas enunciaciones son recogidas de una u otra forma por el mecanismo discursivo que las empuja y las naturaliza en el horizonte de la acción; esto quiere decir que no se reproduce el concepto de juventud explícitamente sino lo insinúa, dándolo por entendido, no lo reflexiona o lo cuestiona porque se da por sentado que no amerita detenerse en su validez o concepción. Muestra de ello es el documento de Hijos del Sur que en su lenguaje ya tiene incorporado lo juvenil, de modo que se centra en las cuestiones de los derechos propiamente hablando:

Los Hijos del Sur y otros colectivos juveniles han encontrado formas creativas de trabajar temas como los derechos sexuales y reproductivos, pues manifestaciones como la violencia contra la mujer, el embarazo en adolescentes y preadolescentes, la propagación de enfermedades sexuales y la prostitución infantil crecen de la mano de otras problemáticas como el desempleo y la falta de oportunidades. (Entrevista a Carlos Pérez, 2011)

Se habla de los y las jóvenes, de lo juvenil, de la juventud, pero es difícil encontrar tanto en círculos como en Hijos del Sur una claridad y acercamiento concreto al concepto, como se evidencia en la revista *Surgente* y la Institución Educativa Distrital Eduardo Umaña Mendoza, por el contrario la definición se ve instrumentalizada en el discurso que pretende dar una versión sobre las apuestas políticas de los grupos.

Son dos enunciaciones del concepto de juventud y un modo de operacionalizar y desarrollar el imaginario. Finalmente, lo predominante en las narraciones de las organizaciones es el carácter inclusivo hacia todo tipo de actor social que se posicione desde ese espacio y, por lo tanto, se mueva en ese repertorio simbólico: sistema signito que va desde las denominaciones (“neónero”, “parcero”, etc.) hasta las significaciones de las acciones en los diferentes contextos. Esta forma de resistir a los convencionalismos de las instituciones permite pensar en la fractura del concepto de ciudadanía, lo que implica un distanciamiento de los jóvenes hacia los discursos dominantes de la democracia y la participación desde el ejercicio de la ciudadanía.

¿Habría una resistencia a la ciudadanía o una reinención del concepto? Esta es una pregunta que queda al horizonte de lo posible en este campo y a los debates que puedan suscitarse, desde la desconfianza a la política tradicional y a la forma como se hace una pedagogía de lo público y lo democrático en la ciudad. Sin embargo, también podría pensarse que lo juvenil origina un punto de fuga de lo ciudadano, por ponerlo en entredicho, fruto de la pérdida de credibilidad de las instituciones reguladoras y, por otro lado, del peso que se le resta a las escuelas como vectores del desarrollo comunitario.

Espacios de formación artística:
jóvenes que hacen arte como alternativa
al conflicto

Hacia 2013, organizaciones no gubernamentales, en alianza con alcaldías locales, lanzaron una propuesta de trabajo con comunidades desde el arte

para atender las zonas más violentas. Esta serie de programas implica la inclusión de niños y jóvenes en condición pandillera o en riesgo de absorción de dichas organizaciones, mediante talleres y eventos para el disfrute del tiempo libre, después de la jornada escolar. En el marco de dicho programa se realizó con la Fundación Imago y la Alcaldía local de Ciudad Bolívar una investigación que analizaba el desarrollo y la efectividad de las escuelas de formación artística, a partir de las cuales surgió el concepto de *espacios de formación artística* (EFA).

Para la organización y sus actores, en su gran mayoría jóvenes universitarios y artistas, los EFA son los escenarios donde se logra el desarrollo de habilidades, estimulando los procesos de formación y creación en los diferentes lenguajes artísticos, con lo cual se contribuye a la sensibilización de los niños y las niñas (NNA) y jóvenes; por lo tanto, logran gradualmente mejorar las condiciones sociales de las comunidades beneficiarias de estas propuestas. Partiendo del concepto de la *educación artística*, que nace desde la concepción que pone a dialogar a la pedagogía y al arte que se han considerado como el medio para transformar y orientar las capacidades físicas y conceptuales que adquieren y desarrollan los seres humanos por medio del aprendizaje, dicho concepto construye, crea, escucha, guía, observa e investiga las diferentes dimensiones del desarrollo; de esta manera, conforma las bases pedagógicas y didácticas para el accionar y el deber del medio educativo, ya sea formal o no formal.

El marco de acción que se propuso en el análisis de este proceso estuvo enmarcado en el contexto de la comunidad y sus características: Ciudad Bolívar más allá de su constitución como localidad ha sido uno de los escenarios escogidos por la historia para develar los problemas contemporáneos de la ciudadanía y el conflicto. Sus formas de ocupación del suelo están ligadas a los hechos de violencia y la falta de oportunidades que ha dejado la guerra en los campos del país, lo que genera la producción de un tejido urbano frágil en su identidad política, económica y cultural.

Siguiendo lo situado por Nancy Fraser (1997, p. 21), la sociedad contemporánea exige como con-

dición básica para el ejercicio de la ciudadanía la existencia de dos condiciones elementales: redistribución y reconocimiento. En primer lugar, en Ciudad Bolívar como en otros territorios “la lucha por el *reconocimiento* se está convirtiendo rápidamente en la forma paradigmática del conflicto político en los últimos años” (Fraser, 1997, p. 21). El hecho de reconocer la diferencia sustenta las batallas, lo que hace imprescindible la creación de políticas culturales que conlleven a una justicia cultural que tanto hace falta en las comunidades.

Desde luego, esto no es todo; las luchas por el reconocimiento tienen lugar en este entorno de exageradas desigualdades político-materiales —en cuanto a ingresos, propiedad, acceso al trabajo remunerado, educación, salud y recreación—; pero también, y de modo más descarnado, en cuanto al insumo de calorías y a la exposición a entornos tóxicos como en los que viven los habitantes de sectores de Mochuelo y el relleno sanitario de Doña Juana y, por lo tanto, en cuanto a las expectativas de vida y a las tasas de morbilidad y mortalidad. La desigualdad material aumenta, lo que hace necesario pensar en desarrollar políticas de la redistribución que subsanen esta injusticia socioeconómica

Se puede suponer que la justicia hoy en día requiere un diálogo o una correlación entre los ciudadanos y las instituciones económicas que sean garantes junto al Estado de la dimensión cultural como solución para la injusticia económica, contribuyendo con el paso del tiempo a una reestructuración político-social de lo local.

En este sentido, estas formas de producción desde las prácticas pedagógicas de la educación artística en todos sus lenguajes buscan contribuir a la solución de estas injusticias culturales, operando algún tipo de cambio cultural o simbólico en quienes participan activamente y en quienes ven como espectadores el impacto del proceso. Lo anterior implicaría la reificación cada vez más de las identidades soslayadas y de los productos culturales de grupos minimizados; podría además influir en el reconocimiento y la valoración positiva de la diversidad cultural. De manera más radical aún, podría implicar la mutación total de los patrones sociales de representación, interpretación

y comunicación, y originar así transformaciones en la autonomía y la conciencia de la comunidad.

En esta relación institucional con el Estado en su dimensión local, el espectro de esta organización es liderada por jóvenes que desde sus saberes, multiplica y enseña la expresión artística como medios de salir del riesgo pandillero. Aquí la acción colectiva se emplaza desde la creación y la formación ciudadana mediante el arte; la manera de acercarse implica una fractura hacia esa referencia del actuar de los jóvenes en el discurso institucional. En Ciudad Bolívar en los EFA los jóvenes son maestros, instructores o talleristas, y a su vez los adolescentes y niños y niñas son multiplicadores de los procesos.

Según esta investigación, se encontró que la gran mayoría de los niños, niñas y jóvenes se integra al EFA por medio de un amigo que conoce el proceso y que además les informó a los padres para que ellos trajeran a participar a sus hijos e hijas en el programa; seguido de la publicidad en afiches, perifoneo y volantes. En cuanto a lo que más les gusta a los adolescentes participantes, lo han denominado *la metodología en el cuidado propio*, lo que implica un ejercicio vital en torno a las prácticas de sí, como respuesta a la afectación agresiva del medio donde estos grupos se mueven.

La mayoría de jóvenes han pertenecido o pertenecen a colectivos artísticos y de allí su interés por aprender circo, danza y teatro, en su mayoría solo han tomado clases en algunas fundaciones, pero dan cuenta de que no han pertenecido a colectivos de arte como tal, aunque sí organizan grupos de práctica.

Por otro lado, los jóvenes comentan que el EFA sirve para:

- Fortalecer las habilidades que ya tenemos y adquirir nuevas.
- Conocernos más, integrarnos y trabajar en equipo: “En individual, muchos sabemos trabajar muy bien, pero en equipo no sabemos muy bien trabajar”.
- Fortalecer el cuerpo, la técnica.

- Aprender a conocer nuestro cuerpo e ir más allá.
- Enriquecernos como personas.
- Ver de qué somos capaces y llegar más allá.
- Fortalecimiento físico, espiritual, mental: “Es lucha con mi cuerpo y conmigo mismo”.
- Adquirir conocimiento, técnica, agilidad, experiencia, reconocimiento.
- Perfeccionar con las técnicas adecuadas.
- Conocernos, saber quiénes somos y descubrir el cuerpo.
- Abrir la mente salir del común. Ser diferentes.
- Autoconocimiento. Reconocimiento espiritual.
- Crecer, experimentar, amar.
- Aprovechar el tiempo libre para divertirse después de terminar las tareas, para no aburrirse.
- Para mejorar la autoestima, uno se da cuenta de que es capaz de hacer los ejercicios, que también puede y que descubre habilidades que no sabía que tenía. (2013, p. 98)

De manera que esta segunda vertiente de la acción colectiva/creativa implica ya una organización de los jóvenes en instituciones que no hacen parte de los andamiajes oficiales y hegemónicos, sino que se instituyen desde las resistencias y las formas pacíficas de afrontar los tejidos vulnerables y las condiciones que ha producido la violencia en la ciudad. Así como estos jóvenes que forman jóvenes y niños, hay muchos ejemplos de procesos de producción cultural como movilización juvenil.

Por otro lado, con Fraser encontramos que esta tendencia se mueve en relación con la reivindicación de oportunidades y la justicia social que es parte de las necesidades de estos espacios hostiles, para los jóvenes como grupo y en general para los actores que conviven diariamente.

Concluyendo: jóvenes y resistencia como acción-creación

Las demandas de una visibilización no viciada frente al papel de los jóvenes implican comprender las dinámicas institucionales de producción de discursos e imágenes en la profusión de un es-

tigma o marca que encasilla y determina formas de relación entre los actores que encarnan la agencia institucional. Ahora, estos actores van desde los que sostienen un orden social, hasta aquellos que hacen parte de la otra institucionalidad, de las instituciones ocultas en el país. El narcotráfico podría denominarse como una institución, en la medida en que instala prácticas, creencias, estéticas y funciones entre quienes se regulan y se mueven en sus escenarios.

Desde el sicario, hasta el “raspachin”, la estructura mafiosa ha sedimentado una nueva forma de institucionalidad que compite o hace carrera paralela o subterránea con las instituciones históricamente situadas, de allí que haya implicaciones de todos los sectores sociales, en las tramas y los dramas del narcotráfico, que la política culpa, la fuerza pública persigue, pero al final de cuentas no es más que una serie de diálogos friccionados o simbióticos entre instituciones que dictaminan a través de los medios y los espacios comunicacionales, las regulaciones y las moralidades en juego.

Una respuesta contundente de los jóvenes a estas tendencias de ubicación medievalista de la condición juvenil es la resistencia; de ahí que el epígrafe citado de Ernesto Sábato remita a esas resistencias diversas, que van más allá de la militancia ideológica. Ya desde la misma moda se crean contratendencias, la música, la danza y los lenguajes culturales se sirven de lo diverso para oponerse, ridiculizar, polemizar, toda una serie de mensajes regulatorios que vienen de las instituciones. Ya la tarea para los investigadores es decantar y desencantar las tramoyas construidas por una visión biologista y desprendida de crítica de lo juvenil, la cual ha permeado la política educativa, pero que afortunadamente no ha po-

dido sedimentar el poroso territorio de la cultura, donde los jóvenes han sabido moverse con versatilidad en los últimos 40 años.

Referencias

- Aguilera, Ó. (2010). Acción colectiva juvenil. De movidas y finalidades de adscripción. *Nómaditas*, 32, 81-98.
- Castiblanco, R. A. (2011). Las organizaciones juveniles y la escuela en la intimidad de la acción colectiva en Usme. En J. C. Amador Baquiro, R. García Duarte y Q. M. Leonel Loaiza (Eds.), *Jóvenes y derechos en la acción colectiva. Voces y experiencias de organizaciones juveniles en Bogotá* (pp. 229-250). Bogotá: Universidad Distrital Francisco José de Caldas y Personería Distrital.
- Castiblanco, R. A. (2013). *Desde el arte moviendo la localidad hacia la convivencia pacífica*. Bogotá: Fundación Imago, Fondo de Desarrollo Local Ciudad Bolívar.
- Fraser, N. (1997). *Justicia interrumpida: reflexiones desde el postsocialismo*. Bogotá: Siglo del Hombre, Universidad de los Andes.
- Herschmann, M. (2009). Brasil: ciudadanía y estética de los jóvenes de las periferias y las favelas. En J. M. Barbero (Coord.), *Entre saberes desechables y saberes indispensables* (pp. 121-159). Bogotá: Friedrich-Ebert-Stiftung en Colombia [Fescol].
- Reguillo, R. (2009). México: contra el ábaco de lo básico. En J. M. Barbero (Coord.), *Entre saberes desechables y saberes indispensables* (pp. 37-50). Bogotá: Friedrich-Ebert-Stiftung en Colombia [Fescol].
- Sábato, E. (2000). *La resistencia*. Barcelona: Seix Barral.